

EL APARATO FALANGISTA ANTE LA CAÍDA DE LOS FASCISMOS. FET-JONS EN 1945

Miguel Ángel Ruiz Carnicer

Con este trabajo, intentamos dar unos apuntes acerca del momento más difícil de la organización que con el nombre de Fet y de las Jons se había convertido tras la victoria franquista en la monopolizadora de los instrumentos políticos del Estado, al menos de manera formal. Y este momento no es otro que el del fin de la segunda guerra mundial. La guerra, tras un inicio claramente favorable a los países del Eje, aliados de Franco durante la guerra civil y con claras afinidades ideológicas, había empezado a evolucionar negativamente para éstos ya desde 1942. Tras la caída del fascismo italiano en 1943, la suerte de Alemania era más o menos previsible.

Esta evolución de los acontecimientos ya había dado lugar a un retroceso de las posiciones falangistas, reflejadas en hechos fundamentales de la política nacional como el cese de Serrano Suñer de sus cargos y las remodelaciones ministeriales subsiguientes que se rematan en el gobierno que se forma el 20 de julio de 1945, además de la liquidación de los signos formales del fascismo (saludo brazo en alto, simbología, etc). Estos cambios afectaban singularmente a quienes dentro del partido único representaban más estrictamente a la Falange original de preguerra y no tanto a sus sectores católicos, monárquicos, carlistas o simplemente oportunistas.

En este delicado momento, además de las tan repetidas llamadas a la unidad en torno al “Caudillo”, se marcará distancias respecto a los regímenes fascistas caídos, exaltando una pretendida “exquisita” neutralidad de España a lo largo del conflicto, cuando ésta había sido muy dudosa, circunstancial y, en cualquier caso, preñada de abierta simpatía por el Eje.

Se negará también relación doctrinal alguna entre Falange y el nazi-fascismo, llegándose incluso a criticar a éste como inadecuado; se pretende mostrar a una Falange “no-totalitaria” e inspirada solamente en las peculiaridades políticas hispanas. Las posturas más pragmáticas primaban sobre cualquier otra consideración. El objetivo ahora era la supervivencia política a toda costa.

La extrema mediocridad de la Fet de la segunda mitad de los cuarenta (representada muy bien en la figura del Vicesecretario General del Movimiento, Rodrigo Vivar Téllez) es muestra de hasta qué punto los cuadros ligados a Falange cedieron su paso a los católicos. El resultado visible de este proceso fue la crisis y retroceso en todas las áreas del Estado de Fet-Jons, así como la atenuación de las manifestaciones externas más inconfundiblemente fascistas.

Muchos de los aspectos de este proceso se conocen ya, aunque más en el nivel de la anécdota o lateralmente. Nuestro propósito aquí es dar a conocer una documentación — hasta este momento inédita— que arroja luz y confirma, en muchos aspectos las ideas referidas más arriba. Estos fondos, completados adecuadamente por otra documentación forma parte de un proyecto de investigación en fase de realización.

El fin de la segunda guerra mundial supone — indiscutiblemente — el momento más difícil para el bloque triunfador en la guerra civil y para su expresión política, el propio régimen franquista; especialmente, para los sectores que desde el falangismo de primera hora o más tardío habían apostado plenamente por el triunfo de ese “nuevo orden continental” que los alemanes anunciaban a través de su propaganda y que hubiera supuesto la supremacía política y económica de los países del Eje y sus aliados, entre los que se contaba — según estos planteamientos — España.

Pero estos momentos de dificultad nos muestran también la peculiaridad del fascismo español y su carácter amplio, que trascendía a los falangistas para convertirse en un proyecto conjunto basado en unos intereses básicos económicos y sociales que constituían la razón última de la sublevación del 18 de julio y que permanecían, independientemente de modas ideológicas y de que se prescindiera o no de determinadas parafernalias; en este sentido, los falangistas eran sólo una cara — la más vistosa, eso sí — de un fascismo español muchos más amplio y complejo, que tenía en los sectores católico-conservadores su expresión más eficaz, si entendemos el fascismo en su función social y no en sus manifestaciones externas¹. Los cambios de 1945 serían pues una consecuencia de las ansias de supervivencia política del régimen, pero nunca un cambio de su esencia o planteamientos fundamentales.

En absoluto pues se puede fechar, como han hecho algunos, en 1945 el fin del “experimento fascista” español, sino solamente la atenuación de su versión más radical, inspirada en grupos ya superados por las circunstancias históricas. Aquí el cambio había sido propiciado no tanto por luchas internas (aunque estas se dieron, y con gran crudeza a veces) sino impuesto por la derrota exterior, que había convertido en algo *demodé* e incluso peligroso y mal visto, el ser falangista. Como en todo fascismo, la coyuntura histórica marcaba la pauta de comportamiento o, en palabras de Palmiro Togliatti, el fascismo es «un camaleón muy capaz de adoptar la coloración del terreno sobre el que se mueve».

La crisis de 1945 supone una revaloración de la figura de Franco, el inicio de una importante campaña de xenofobia nacionalista ante el aislamiento internacional, y también el reequilibrio en el seno del régimen de falangistas, católicos del Opus Dei y católicos acenepistas y ligados a Acción Católica, entonces en ascenso, encarnados en la estrella del nuevo gabinete, Alberto Martín Artajo. Estos deseos del régimen de distanciarse de antiguas influencias se darán en la misma Falange, como tendremos oportunidad de ver. Pero los hombres de Fet sólo van a pasar a un segundo plano, pues seguirán controlando muchos aspectos de la administración periférica del Estado, como un número importante de gobiernos civiles, el enorme y creciente aparato sindical, organizaciones de potencial influencia social como el Frente de Juventudes o la Sección Femenina, etc. Eso sí, tuvieron que ceder el protagonismo a otros sectores del bloque vencedor mucho más “presentables” en la posguerra mundial ante el resto del mundo. De todos modos, Franco nunca quiso modificar la situación preexistente, en la que él tenía el control de la situación sin problemas, sino tomar el camino mejor para la supervivencia del régimen, la suya propia y la defensa de los intereses sociales, económicos y políticos de la coalición triunfante en la guerra civil, y siempre por presión de las circunstancias. Lo mismo ocurrirá, años después, con el plan de estabilización y el inicio de la liberalización económica. De ahí que Franco — en esta delicada coyuntura — diga al Delegado Nacional del Frente de Juventudes José Antonio Elola, un franquista él mismo: «no exteriorizar una política no significa no hacerla»².

Era inevitable, con todo, que lo que hemos llamado “aparato falangista”, los hombres que dentro de Fet se adscribían a la tradición joseantoniana, bien por proceder de la vieja guardia o por encontrar una continuidad histórica entre ellos y los hombres de La Comedia y que estaban integrados en la organización estatal del Movimiento tras la unificación, tuvieran la percepción de que estaban sufriendo una enorme derrota moral, y experimentando una enorme confusión política. Así nos lo transmiten los testimonios mas lúcidos y menos cínicos.

Otros, en cambio, en la mejor línea de la fantasía orwelliana, intentarán demostrar que Falange y el régimen nunca estuvieron con el Eje y que el “fascismo” y el totalitarismo en general era visto por Falange como algo absolutamente periclitado. En ese sentido, se presentaba una Falange de inspiración exclusivamente española y cuya principal valía dentro del régimen era precisamente su cercanía a la voluntad popular. Revistas, periódicos, emisoras, medios todos ellos controlados por el Movimiento, ayudarán a difundir esta idea.

Para seguir la evolución de este proceso, hay que retroceder a los primeros momentos del régimen, en los que ya se dibuja una Falange muy presente en la simbología del régimen, pero cuyo peso político va a ser mucho menor de lo deseado por los más radicales falangistas. La lucha con la Iglesia por el control del sector de la educación³, los roces con otros sectores del Movimiento, el surgimiento de círculos falangistas críticos con el régimen⁴ y la falta de interés en impulsar con rapidez los organismos falangistas de encuadramiento⁵ demostraban a Falange que su situación estaba lejos de ser de “monopolio político” a pesar de parecerlo así cara al exterior e incluso en el interior.

Esta situación se va a agudizar conforme se establecen los frentes bélicos y Franco se mantenga a la expectativa tras los entusiasmos proeje ejemplificados en la División Azul. Cuando Benito Mussolini sea derrocado por sus propios hombres en 1943 e Italia sea derrotada, se confirmará este imparable retroceso de las posiciones falangistas.

José Luis de Arrese había sido el Secretario General del Movimiento que había presidido esta segunda fase de creciente desazón. El será también, ya en la fase final de su mandato, quien, siguiendo su vocación de ensayista con ínfulas de teórico del nacionalsindicalismo, intente demostrar la peculiaridad del pensamiento joseantoniano entroncándolo con raíces cristianas y distanciándolo, en la medida de lo posible, de las corrientes fascistas derrotadas o prácticamente derrotadas en esos momentos. Ese es el sentido de su obra *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*⁶.

Esta era una muestra y no la menor de una contraofensiva de Falange en el intento de sobrevivir y asegurarse un puesto en el Estado; de ahí el enorme celo de Fet en preparar el apoyo “entusiasta” a los actos de adhesión a Franco, la insistencia en la necesidad de unidad de todas las fuerzas del régimen y las protestas sobre su no-cercanía con los fascismos en bancarrota; la realidad es que Falange se estaba quedando sin su principal aporte, la homologación con las fuerzas políticas del Eje, lo que la debilitaba ante los enemigos en el interior y exterior; de ahí que se posterguen las discusiones de orden doctrinal, mientras la militarización y jerarquización del Estado se destacaban una y otra vez como valores fundamentales y último garante del orden del régimen.

El clima en Falange y sus secciones va a ser diverso, pero siempre dentro de la preocupación: para unos, los más veteranos, el desánimo cundirá, una vez que sus viejas ilusiones juveniles se han visto rotas con la derrota de aquellos en quienes creyeron como autores de un nuevo orden europeo. Un buen testimonio de este sentimiento nos lo ha dejado David Jato, extensible a los jóvenes falangistas de preguerra⁷. Otros, sin embargo, mantenían un optimismo a prueba de toda circunstancia, especialmente entre los que debían su medro personal y político a la figura de Franco. Un buen ejemplo de esto sería José Antonio Elola-Olaso.

En cualquier caso, el desánimo era generalizado. De ahí la defección creciente de los sectores juveniles y la recreación por su parte en el seno del Frente de Juventudes y en menor medida del Seu, de un mundo basado aún en los viejos postulados “revolucionarios” que contrastaban con el pragmatismo creciente.

Pero no nos engañemos. Todos los falangistas — más o menos creyentes en su retórica—se movilizaron para legitimar y salvaguardar Falange y su edificio político y administrativo ante las dificultades. Ello se hará fundamentalmente mediante una propaganda centrada en una serie de argumentos básicos, utilizados con mayor o menor énfasis a lo largo de estos meses, y que se podrían resumir en estos puntos:

Falange como tal está ligada a la figura de Franco. Franco es la garantía de pervivencia de Falange y no se pueden disociar. Falange deja pues su futuro en manos de Franco.

La doctrina falangista es específicamente española y no tiene nada que ver con los fascismos caídos, “como siempre quedó claro”, apoyándose en diversas citas de José Antonio, Franco, etc.

La posición de España durante la guerra mundial supuso en la práctica una ayuda a los países aliados, al ser de una plena y “perfecta” neutralidad; solamente en la lucha contra el comunismo España no era neutral.

En esa línea se plantea una hipotética intervención aliada en España como algo que sólo beneficiaba los planes de Stalin, al pronosticar el revanchismo de los vencidos en la guerra, lo que llevaría a la implantación del comunismo.

Estos van a ser los argumentos fundamentales que se barajen en revistas, discursos y circulares internas a los responsables provinciales del partido⁸. En estas últimas quizá se expresan temores no reconocidos públicamente, como el miedo a una intervención de los aliados, las maniobras de la oposición exterior — sobre todo la monárquica — y noticias de las que se desprende la ausencia de implantación de Falange y aún del régimen en algunas zonas del país, como las noticias sobre colocación de bombas, muerte de falangistas y existencia de círculos políticos ajenos al partido demuestran⁹. Veamos ahora como se expresan los argumentos antes indicados.

De la necesidad de adaptarse a la nueva situación ya había dado muestras el Partido, cuando en los inicios de 1944 empezaron a aparecer las primeras críticas al fascismo, rechazando la inclusión de Falange entre este tipo de doctrinas:

El fascismo, que nació como un proceso de salvación frente al marxismo, no ha sabido desarraigarse de su mentalidad minoritaria de las masas y encontrar el camino justo de la comunidad popular, de la unidad de la patria.

El Estado falangista español alza el principio insoslayable de Unidad sobre toda bandera, sobre toda escisión partidista¹⁰.

Esta actitud tendría su correlato en el rechazo de todo “régimen dictatorial”, mientras que Falange — se decía — era el transmisor de la voluntad popular, algo distinto al fascismo, pero también al liberalismo occidental

El fascismo se ha hundido precisamente por desconocer este divorcio hora patente entre la minoría dogmática y la mayoría agnóstica del pueblo italiano.

Pero los falangistas aspiramos a más. Queremos el asentimiento cordial y unánime de los españoles. Lo cual no quiere decir que tengamos un concepto mayoritario del poder. Pero estamos seguros de que la minoría dictatorial no nos sirve como forma de gobierno¹¹.

Nosotros, que creemos en el fracaso histórico de los regímenes totalitarios y somos, doctrinalmente, opuestos a ellos, sabemos también que nuestro pueblo no está preparado políticamente para regirse según formas democráticas liberales¹².

Tras esta muestra de descarado cinismo político se escondía la apuesta por ganar la batalla de la propaganda y de la imagen, valiéndose de la implantación de Falange en casi todos los resortes de la vida española. De especial eficacia era que recayera en las mismas manos las jefaturas provinciales del Movimiento y la titularidad de los Gobiernos Civiles, lo que hacía que, de hecho, toda la maquinaria del Estado se pusiera bajo las indicaciones de Secretaría General del Movimiento. En este momento difícil para el régimen y para Fet, las instrucciones se harán cada vez más detalladas y con mayor contenido político.

Estas instrucciones — remitidas normalmente por Rodrigo Vivar como Vicesecretario General del Movimiento — van dirigidas a los Jefes Provinciales/Gobernadores civiles a través de la Delegación Nacional de Provincias. Los Jefes provinciales, por su parte, independientemente de su relación con Gobernación, remitían a los mandos del Movimiento un parte quincenal y luego mensual de los hechos más sobresalientes — de todo tipo — de la provincia, así como el cumplimiento de las instrucciones recibidas.

Existía pues un canal de comunicación que permitía a Secretaría General del Movimiento contar con una información directa y próxima del estado político y social de cada provincia, a la par que le dotaba de un medio privilegiado de control en cada rincón de España.

Al menos en la teoría, porque, a tenor de algunas circulares, el grado de eficacia no era a veces muy grande sino todo lo contrario, como lo prueba la repetición de algunas órdenes y la aclaración de otras. La dispersión de iniciativas y la confusión dominaban a veces entre los mandos provinciales del Movimiento, debido en gran medida a las altas dosis de improvisación, la escasa infraestructura y, sobre todo, la ausencia de personas de talla política y personal en los puestos claves, que fueran capaces de vertebrar un Movimiento mínimamente operativo.

La crisis de gobierno de julio de 1945 tuvo como consecuencia — ya lo hemos dicho — la entrada de “los católicos” como tal grupo en el gobierno, lo que suponía también — estaba entre las propias condiciones que puso Martín Artajo para su aceptación — el pase de Falange a un lugar secundario, cesando Arrese y dejando vacante la Secretaría General del Movimiento, y arrebatando el control de la prensa a los falangistas, al pasar a depender la Vicesecretaría de Educación Popular del Ministerio de Educación Nacional, regido desde 1939 por el católico José Ibáñez Martín¹³. A partir de ese momento, y con ausencia de un representante expreso de Falange quedaban sólo como ministros falangistas Raimundo Fernández Cuesta en Justicia, Carlos Rein en Agricultura y José Antonio Girón en Trabajo. Estos, junto con algunos otros miembros “duros” del gabinete, como el titular de Gobernación Blas Pérez, serán los encargados de “defender” las posiciones de Falange frente a las presiones de los sectores más “evolucionistas” del régimen, como el propio Martín Artajo.

Sin embargo, a pesar del retroceso de Falange, es obvio que Franco seguía viendo a ésta como un instrumento útil en cuanto que maquinaria burocrática, fuerte de información, instrumento de movilización y creadora de opinión (comprobada en sus viajes por España)¹⁴. En definitiva, Franco temía que liquidar a Fet supusiera un debilitamiento del régimen, además de aparecer como una demasiado clara concesión a los aliados; por otra parte, la propia debilidad de Falange la convertía en un instrumento aún más sumiso a Franco de lo que antes había sido.

De hecho, las transformaciones políticas que esperaban fundamentalmente los sectores monárquico y católico, no se produjeron; entre otras cosas por la actitud de D. Juan que, con su “manifiesto de Lausana” trazaba un programa político demasiado avanzado para el gusto de las aspiraciones de los grupos monárquicos más franquistas; y, sobre todo, por el enorme inmovilismo de Franco y sus asesores, una vez comprobado que el temido “asalto” aliado se trocaba en un aislamiento diplomático sin otras consecuencias mayores. Precisamente, una de las claves de esta estrategia de Fet era su profunda implicación e identificación con el régimen y singularmente con la figura de Franco, proclamándose como los más fieles a la obra del “caudillo” y su auténtico garante. Ese será uno de los *leit-motiv* en las circulares a las que nos venimos refiriendo.

Rodrigo Vivar, hombre de Arrese, será quien se constituya en máxima autoridad — al menos nominal — de Falange tras la vacante dejada por Arrese. Una vacante que se prolongará hasta 1948, cuando Fernández Cuesta desempeñe de nuevo la Secretaría General del Movimiento a “medio tiempo”, compaginándola con la cartera de Justicia que venía ocupando con anterioridad.

Payne en su viejo libro sobre Falange¹⁵ pinta a un Vivar Téllez “no falangista” y deseoso de la liquidación del partido, sin ninguna justificación documental ni testimonial. Otra realidad muy distinta se dibuja en las circulares por él firmadas, antes y después de la salida de Arrese de S. G. M. Vivar Téllez parece luchar con denuedo por instruir a los Jefes provinciales del Movimiento en la estrategia más apta para preservar las posiciones de una organización en la que él — más o menos fortuitamente — ostentaba la máxima responsabilidad.

Uno de los primeros empeños de Secretaría General era erradicar los defectos propagandísticos y de imagen de etapas pasadas: utilización de un tono altisonante y retórico, interpretaciones *sui generis* de la doctrina falangista, escasa sutileza a la hora de defender las tesis del partido o la existencia de prensa autolaudatoria en algunas provincias; el resultado de todo esto había sido la escasa receptividad en la población de las tareas de Fet¹⁶.

Se trataba ahora de transmitir la gravedad de los momentos que se avecinaban. En primera instancia, el objetivo era presentar el fin de la guerra mundial como una victoria del régimen de Franco : victoria basada en haber escapado a la destrucción y ruina económica que se vivía en el resto de Europa, y ello merced a la “astucia” de Franco, que habría logrado mantener una perfecta neutralidad a lo largo del conflicto. De esta manera, se tergiversaba la indudable cercanía ideológica y moral de Franco respecto a las potencias del Eje, sólo alterada a partir de 1942 y claramente 1943, con el retroceso militar del Eje. Falange especialmente se había mostrado clara partidaria de entrar en guerra junto a Italia y Alemania. No era eso sin embargo, lo que se decía:

La guerra en Europa se aproxima a un final más o menos inmediato (...). Urge preparar el ánimo de las gentes para esta contingencia en forma que sus reacciones frente al acontecimiento signifiquen una ratificación de nuestra postura de neutrales a lo largo de la guerra y una reafirmación de nuestro ideario católico y español (...).

España llega al final de una tremenda lucha de cerca de seis años, habiendo mantenido su neutralidad con perfecta dignidad y con acierto genial. Es la hora de contemplar la ruina de Europa y damos cuenta de que si vivimos, si hay en nuestros pueblos pan y trabajo en vez de escombros y sin cementerios inmensos, a Franco se lo debemos (...).

Por estas razones — y otras más que no es necesario sugerirte — la paz que llegue, representa un auténtico júbilo español, un triunfo gigantesco de Franco y una satisfacción para la Falange. Importa adelantar esta interpretación a falsos júbilos de elementos rojos por la victoria de las fuerzas aliadas. No podemos dejar en manos de los enemigos del caudillo y de la Falange una bandera que intentaría falsear la realidad de los hechos (...).

*Celebrar la paz es celebrar el triunfo de la Falange y del Caudillo*¹¹.

Ni siquiera el hecho de que la odiada Urss se encuentre entre los vencedores de la guerra parecía alterar el aparente optimismo de los mandos del Movimiento, que confiaban — no sin razón — en las futuras discrepancias de los aliados:

El hecho de que entre los vencedores figure la Urss ha de servir para hacer la distinción entre esa Potencia y las demás, afianzar nuestra postura frente al comunismo y aprovechar las mil oportunidades que las noticias y discrepancias de cada día entre los vencedores van a proporcionar, para que se llegue al convencimiento de que la Urss se verá frenada en sus afanes de dominación mundial y que, si el caso llegase, no estaremos, ni mucho menos, solos en la tarea y en la decisión. Consigna que se ha de repetir insistentemente en periódicos, discursos y hasta en conversaciones¹⁸.

Partiendo de esta visión positiva del resultado de la guerra, la preocupación obvia era la reacción de los aliados frente a un régimen que se había alineado con los vencidos. En este terreno era donde se debía desarrollar la contrapropaganda del aparato falangista:

es muy probable que pretendan articular un plan [los enemigos del régimen] que perturbe el orden y la tranquilidad en nuestra España. Se unirán a él, de un lado, la propagación de rumores y bulos de todo orden ; pero coincidentes en la afirmación de que, como consecuencia de la situación internacional y de la presión de Moscú, va a ser derribado el régimen de Franco, dando paso a un sistema con etiqueta democrática, però con auténtica significación de desquite marxista y de control de España por parte de la Urss. Se aludirá a pretendidas seguridades recibidas por los diligentes rojos huidos de nuestra patria como consecuencia de nuestra victoria¹⁹.

Frente a estos intentos que se denuncian, se propone como respuesta una inteligente utilización de la contrapropaganda, lograr una acción política unitaria dentro del régimen, mantener la firmeza en los terrenos del orden público utilizando los instrumentos que los Jefes Provinciales tenían en tanto que gobernadores civiles (esto es, el aparato represivo), y la vigilancia de cualquier reacción o movimiento no controlado.

La estrategia e instrucciones para orientar todo este proceso tienen su eje en la circular confidencial que Rodrigo Vivar remite en agosto de 1945 firmando ya como «Vicesecretario General en funciones de Secretario General del Movimiento»²⁰. El fin primordial de esta circular era poner en marcha una acción propagandística dirigida a detener — en el peculiar lenguaje de la cultura del régimen — la «ofensiva masónica y comunista contra España» desencadenada desde el exterior, a partir de la nueva situación internacional. Todo ello se derivaría el odio de estas fuerzas a la «santa rebeldía del 18 de julio». La propaganda habría de huir de los tópicos al uso, destacando de forma sutil las realizaciones del régimen, la personalidad de Franco y la identificación entre éste y la Falange. En el terreno social, se pide una mayor atención a todas las clases, especialmente a «las clases medias y directoras e incluso sobre las capitalistas» como medio de mantener la fortaleza del régimen. Estas acciones tendrían mayor importancia en cuanto que en estos momentos se empezaba a hablar de realizar elecciones municipales, una vez que las Cortes habían aprobado la Ley de Bases de régimen local.

En definitiva, se dibuja una estrategia precisamente de ampliación del Movimiento, de extensión de éste a sectores que no habían colaborado o que «por miopía política o por otras causas, han permanecido, los últimos años, al margen de la unidad política española»²¹. Se pretende atraer al seno de Fet a hombres no ligados históricamente a Falange como aval también para su propia continuidad. Había que sacrificar incluso las propias peculiaridades del falangismo en aras de la unidad y cohesión política del régimen; de ahí la insistencia en la necesidad de disciplina para aceptar las decisiones del mando por duras que estas fuesen y en la fidelidad debida a Franco por encima de cualquier otra cosa.

Falange, según Rodrigo Vivar,

Ha de der la de los días de las grandes batallas: de la disciplina más absoluta, de la lealtad y la confianza más ciega, de la prudencia más extremada, de la comprensión más grande para adaptarse al momento político de cada hora, buscando por todos los medios *la permanencia y la ampliación del área del Movimiento Nacional*, atrayendo a la doctrina y a la colaboración a todos los españoles de buena fe²².

Una vez más, se presentaba la necesidad del momento como virtud característica de Falange:

Esto no contraría en lo más mínimo nuestra doctrina sino que es la expresión exacta del espíritu informador del Movimiento Nacional del Alzamiento de Julio y de los postulados de Falange Española Tradicionalista y de las Jons La verdad intangible es que los falangistas hemos de servir, como siempre, a España y no servirnos de ella, el régimen es para todos los españoles y estos han de intervenir en la vida del Estado a través de la familia, del municipio y del sindicato y no de un partido o de unos partidos políticos. *La Falange para la nación y no la nación para la Falange*²³.

Se trataba de incorporar a los sectores que, por su procedencia ideológica no ligada al Eje podían conseguir una imagen más “adecuada” del Movimiento. Con todo, no se quiere desmoralizar a la “vieja guardia” falangista, asegurando la permanencia de los aspectos esenciales de la doctrina; en todo caso, se hace inexcusable, una vez más, la exigencia de disciplina.

Esta es la orden, reiterada una vez más, del Mando Nacional, la Falange quiere que las cosas se hagan aunque tenga ella que sacrificarse para que se realicen. El ansia nacional de la Falange exige abrir el camino a aquellas personas capaces, bien intencionadas y virtuosas (...). Ha de desterrarse radicalmente todo exclusivismo (...) Nadie pretenderá falsear nuestra doctrina ni nuestras leyes (...). ¡Menguado sería nuestro Movimiento y pobre nuestra doctrina si no encerrase verdad sobrada y poder de captación suficiente para persistir y avanzar más allá del círculo de los adelantados de la primera hora!²⁴.

A los sectores que se alzaron en su momento contra la República pero que no comulgan con los ideales de Falange se les debía hacer ver que si el Movimiento y su jefe, Franco, caen, todo por lo que lucharon caería también; Falange une así su destino al régimen y singularmente a Franco; acepta pues su más que posible desdibujamiento político a cambio de seguir parasitando la estructura del estado. La unidad de todos los sectores del franquismo era algo primordial:

Esa labor política de unidad ha de intensificarse por todos los medios. Se utilizarán razones de altos ideales nacionales que esas personas y sectores comparten; pero no se olvidarán motivos menos elevados, aunque legítimos y humanos; la propia conveniencia es buen aglutinante y puede servir para resultados más ambiciosos y permanentes. La evolución política futura exige el robustecimiento del estado, del Movimiento y de su Jefe. Es fácil hacer ver a esas personas que si este fallase—y el supuesto solamente puede admitirse a efectos dialécticos—fallaría todo²⁵.

Con la incorporación de estos hombres, de procedencia fundamentalmente católica y monárquica, se quería también conjurar el peligro de una iglesia ya abiertamente crítica ante el “modelo totalitario” del fascismo alemán o italiano y que exige una reducción del papel de Falange. Franco intentará trocarse de dictador fascista en un buen “gobernante católico”, y ello conllevaba el visto bueno de determinadas élites políticas del país que, aunque encuadradas en el 18 de julio, estaban lejos de estar conformes con la trayectoria del régimen en sus primeros años y pedían un acercamiento a las nuevas circunstancias europeas. Esta unidad política se consideraba vital para acallar la presión exterior. De ahí la fuerte reacción al llamado Manifiesto de Lausana, hecho público por D. Juan de Borbón en marzo de 1945, y en el que se ligaba al régimen franco-falangista con los fascismos caídos, pidiendo un programa de mínimos aunque nítidos avances democráticos. Las descalificaciones hacia el pretendiente van a ser claras aunque medidas, temiéndose sobre todo el eco que este manifiesto pudiera encontrar entre los monárquicos españoles²⁶.

Como hemos podido ver, el papel de Falange no va a ser pequeño en la tarea de adaptación a las nuevas circunstancias internacionales. De esta forma se intentaban salvaguardar los valores de propiedad, moral, religión y sistema de clases por el que se habían levantado en julio de 1936. A esta tarea se aplicarán las nuevas élites políticas del franquismo, que convivirán con el aparato falangista. Esta es la naturaleza auténtica de un fascismo que pervive más allá de las muestras externas de una organización que como tal estaba en creciente bancarrota pero que aún podía ser *instrumento* para el logro de las necesidades del régimen.

No hay que olvidar, con todo, la responsabilidad de la actitud de las potencias aliadas que, al no acordar el derrocamiento del régimen y al aplicar a cambio medidas de presión contra éste, consiguieron evitar lo que parecía una probable ruptura del bloque vencedor de la guerra, propiciando la actitud disciplinada de Falange, sometiendo toda ambición política a la conservación del régimen encabezado por Franco. Lo mismo se podía decir de sectores como los monárquicos o católicos, en los que triunfaron los partidarios de apoyar al régimen antes que comprometerse en una ruptura que no aseguraba su posición, sino todo lo contrario.

El desánimo acabó cundiendo en las filas de los más duros del falangismo, como muy bien señala Payne²⁷; sin embargo, si algunos llegaron al abandono de la vida política, la mayor parte se adaptaron con mayor o menor entusiasmo a la gris y mediocre política franquista, pasando muchos de ellos a engrosar la lista de gobernadores civiles o entrando dentro de la burocracia sindical, uno de los grandes sumideros de tanta “pasión totalitaria”. Iniciativas como el “Círculo Nosotros”, capitaneado por algunos aguerridos seuistas y ex-seuistas, a pesar de sus propósitos de “resistir” acabarían decidiendo colocar un retrato del hijo de D. Juan, el niño Juan Carlos, viendo como única salida la reimplantación de la monarquía en el futuro²⁸. Para otros la aceptación resignada de la situación se compensaba con la proyección futura de su retórica revolucionaria:

El Estado actual no es un Estado logrado. Es una transición, una etapa en el camino de la revolución que la Falange propugna (...) no achaquemos a la Falange lo que la Falange no quiere. Y no quiere muchas de las cosas que hoy tenemos en España. Las acatamos porque Franco dice que son necesarias (...). Creemos que hay que cooperar con el Estado actual, porque es la mejor postura para el servicio de España. Pero el estado actual—Franco lo ha dicho y lo remarcamos nosotros—ni es el Estado falangista ni está en gran parte inspirado en la línea revolucionaria y doctrinal del sindicalismo nacional²⁹.

Hay que decir que, a pesar de los autoengaños, los falangistas estuvieron en primera línea en las tareas de consolidación de un régimen franquista del que necesitaban para sobrevivir no sólo materialmente, sino también como organización política.

Notas

1. Sobre la concepción de fascismo que nosotros suscribimos y la imposibilidad de reducir el fascismo español a Falange, vid P. Preston, *The politics of revenge. Fascism and the military in twentieth century Spain*. Unwin Hyman, London, 1990, especialmente pp. 3-29 y 111-130.
2. Testimonio del entonces Jefe Nacional del Seu, Jose M^a Del Moral. Vid. tesis doctoral inédita de M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (S.E.U.), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Universidad de Zaragoza, 1990.
3. Vid. G. Camara Villar, *Nacionalcatolicismo y escuela. La socialización política del franquismo. (1936-1951)*, Hesperia, Jaén, 1984.
4. Vid Sh. Ellwood, *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Crítica, Barcelona, 1984, especialmente p. 203 y ss.
5. Es el caso del frente de Juventudes. Vid J. Saez Marín, *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)*, Siglo XXI, Madrid, 1988. Para el resto de secciones del Movimiento es imprescindible el magnífico libro de R. Chueca, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre Fet-Jons*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Barcelona, 1983.
6. J. L. de Arrese Magra, *El estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1945.
7. D. Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes*, Ed. del Autor., Madrid, 1975, especialmente a partir de página 500.
8. Cfr. M. A. Ruiz Carnicer, *El SEU en el franquismo*, cit.
9. AGA. Secretaría General del Movimiento. Delegación Nacional de Provincias, por ejemplo, caja n^o 253, aunque son muchas las referencias en las diversas provincias, y esto independientemente del fenómeno de la guerrilla. Especial relieve tendrá por suceder en la capital de España la muerte de dos falangistas en un local del partido, el 25 de febrero de 1945, hecho utilizado luego propagandísticamente por Falange mediante la convocatoria de manifestaciones y actos de adhesión.
10. F. Izquierdo Luque, *El liberalismo, el comunismo y el fascismo, sistemas caducados para la posguerra*, en "Juventud" (2^o época), n. 16, 1.2.44, p. 1.
11. *Se es dogmático o se es...*, en "Haz" (4^o ép.), n. 11, 3.44, p. 4.
12. *El evolucionismo*, en "Educación y Cultura", Delegación de Educación de Fet-Jons en Zaragoza. Tomado de "La Hora", n. 6, 17.1.46, p. 1.
13. Descripción detallada de todo el proceso de la crisis, aunque deteniéndose más en el tema de la entrada de los "católicos" en el gobierno, en J. Tusell, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
14. *Ivi*, p. 11 y ss.
15. S. G. Payne, *Falange. Historia del fascismo español*, Sarpe, Madrid, 1985, p. 236 y ss.
16. Vicesecretaría General de Fet y de las Jons, Circular n. 165, 19.1.45, AGA. SGM. Caja n. 239.
17. Vicesecretaría General de Fet y de las Jons, Circular n. 173, 18.4.1945, AGA. SGM., Caja n. 239. Subrayado en el original.
18. *Ibidem*.
19. Vicesecretaría General de Fet y de las Jons, Circular n. 167, 26.2.45, AGA. SGM. Caja n. 239.
20. Vicesecretaría General de Fet y de las Jons, Circular n. 174, 22.8.45, Confidencial. AGA. SGM. Caja n. 239.

21. *Ibidem*.
22. *Ibidem*. Subrayado en el original.
23. *Ibidem*. Subrayado en el original.
24. *Ibidem*
25. *Ibidem*
26. Vicesecretaría General de Fet y de las Jons, Circular n. 172, AGA. SGM. Caja n. 293.
27. S. G. Payne, *Falange*, cit., p. 234, nota 631.
28. D. Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes*, cit., p. 536.
29. *Las cosas claras*, en “La Hora”, n. 16, 28.3.46, p. 3.